

GENTE VIEJA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

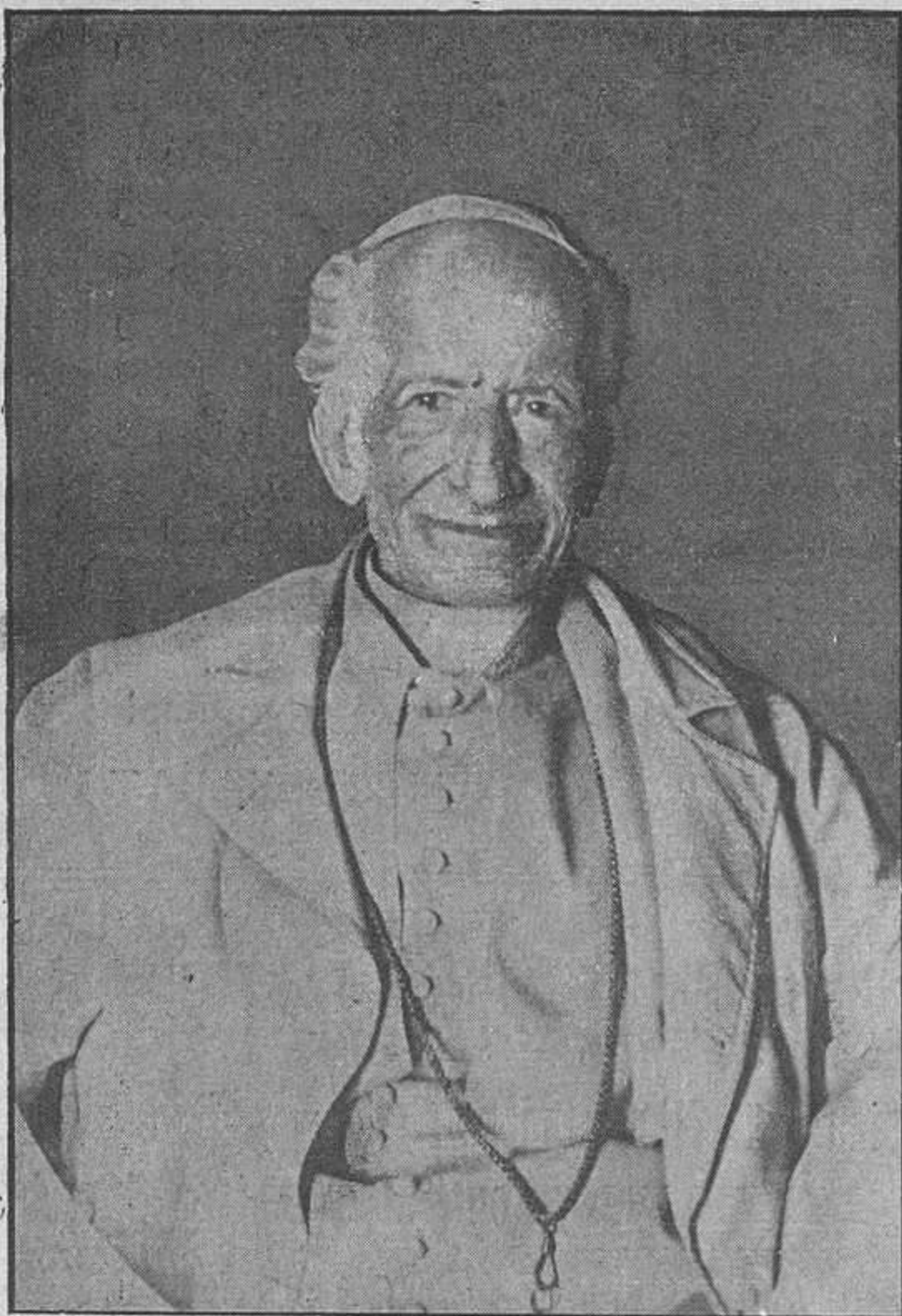
Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.



FIESTAS DE MAYO

CRÓNICA

—“Me revienta el Prior, sea quien sea”— dicen que decía cierto monago español.—La costumbre de quejarse de lo que tenemos y ensalzar lo que



SU SANTIDAD LEÓN XIII

pitación afectuosa hacia el terruño propio, se moteja de *patriotería*.

¡Este país! ¡Mi país querido que aprendí á conocer desde lejos cuando las gentes de tierra extranjera me decían de mi Patria cosas y grandezas en las que no había pensado nunca! ¡Mi país querido, cuya preterición debería indignar, porque no existe causa alguna que la justifique!

No he de hacer un canto encomiástico apoyado en razones que todos llevan dentro de la memoria y del carazón; para tantas cuantas veces mi pluma ó mi fantasía repitan “España”, asomará á mis ojos emoción sacratísima de amor y de orgullo.

He viajado mucho, he soñado más, observé bastante y sé poco; pero lo que aprendí de niño, lo

Nosotros, como no podemos demostrar de otro modo nuestra alegría por el éxito alcanzado, publicamos este número, que llevará por extraordinario los retratos siguientes:

Su Santidad León XIII, Padrino del Rey. Un Papa que pasará gloriosamente á la Historia, y cuya labor generosa ha sido admirable. De León XIII como Papa podrán contarse sus esfuerzos para la unión de las dos grandes ramas cristianas; como persona, podrá asegurarse que su amplitud de criterio le hizo, á más de representante de Dios en la tierra, representante de Jesús.

Todo hombre de espíritu, de cualquier secta, ha de venerar á León XIII.

Seguirá un retrato del malogrado Don Alfonso XII, al que España debe grandes habilidades para colocarla al lado de otros países.

Otro de S. M. Don Alfonso XIII.

El de S. M. Doña María Cristina.

El de S. A. la Infanta Isabel, protectora inteligentísima del arte y los artistas españoles; Señora tan culta como entusiasta y de cuya atracción y simpatías tanto recuerdo dejará dentro y fuera de su patria.



S. M. DON ALFONSO XII

no hemos conocido nunca, es añeja en esta Patria tan calumniada, de la que no citamos más que el sol, las flores, el fandango y los garbanzos de Fuente-Saúco.

Madrid hoy, albergando á Príncipes de todos los países de un modo afectuoso, íntimo, en las propias moradas de nuestros Grandes, da una prueba más de su buen gusto; los vecinos, adornando sus balcones, contribuyen á la nota de buen tono que hizo siempre de la Capital de España una de las ciudades más elegantes—digan lo que quieran los currinches que “escupieron en Francia y volvieron con melena y sin poder pronunciar la R.”

No pasar de los Carabancheles, ir á París en tren Botijo, deslumbrarse en Folies Bergère y volver á las ocho días—plazo máximo de la duración del billete—asegurando que “Este país es un asco”, fué y sigue siendo de buen tono; y todo lo que representa un movimiento generoso, una pal-

que el cura viejecito de mi aldea me enseñó con frase torpe llena de sublimes arrogancias, fué y será siempre la gran biblioteca de mi espíritu. El me enseñó á amar la tierra que desterrábamos juntos; mis investigaciones de luego, me hicieron estimarla.

Las fiestas presentes son, á mi juicio, una gráfica demostración del adelanto de Madrid y España entera. El aspecto de la población no puede ser más agradable: todos han contribuido á estas fiestas, que resultan brillantes. Catalanes, bilbainos, madrileños, toda la gran familia española.



S. M. EL REY DON ALFONSO XIII

Y el de D. Alberto Aguilera, actual Alcalde de Madrid, filántropo antes que político y cuya posición ha ido haciéndose, no gateando por las escalinatas del brillo lujoso y las riquezas, sino su-

biendo por la cuesta de la vida dando la mano á los pobres, á los desheredados, á los que nada pueden devolver que algo contenga de humanas ambiciones.

Su trabajo como Alcalde y como hombre hon-



S. M. LA REINA REGENTE

rado, sincero, minucioso, le hace amigo del pueblo y de los que no le tratamos apenas.

Queríamos haber dado los de los Príncipes y Enviados extraordinarios que asistieron á la Jura:

S. A. R. el Archiduque Eugenio;

S. A. R. el Príncipe Nicolás;

S. A. R. el Príncipe Eugenio, Duque de Nericia;



S. A. R. LA INFANTA ISABEL

S. A. R. el Duque de Connaught, Sr. Akabané;

S. A. R. el Príncipe heredero del Trono de Siam;

S. A. I. el Gran Duque Wladimiro;

S. E. el General Florentin;

S. A. R. el Infante Don Alfonso;
Sr. D. Rafael Zaldívar;
Mirga Riga Kan;
S. A. R. el Príncipe Cristián Carlos;
S. A. R. el Príncipe Alberto de Prusia;
S. A. R. el Príncipe Tomás, Duque de Génova;
Sr. d'Araujo Beltrac, y una nota biográfica de cada una de estas personalidades; pero los grandes rotativos se han encargado de ello, y nuestro trabajo sería una simple repetición sin interés.

Estas visitas con que nos honran hoy las Naciones extranjeras nos dan la medida del agradecimiento que debemos los buenos españoles á la que fué Reina Regente. Ella, con sus virtudes, con su diplomacia, nos ha hecho todo el bien que ha podido. Su amor de madre y sus consideraciones inmensas á la Corona de España han luchado virilmente para arribar al logro del acontecimiento de hoy.

Doña María Cristina fué madre antes que Reina; á todos sus afectos sobrepuso su condición de mujer sublime; y acariciando la cabecita febril del hijo,

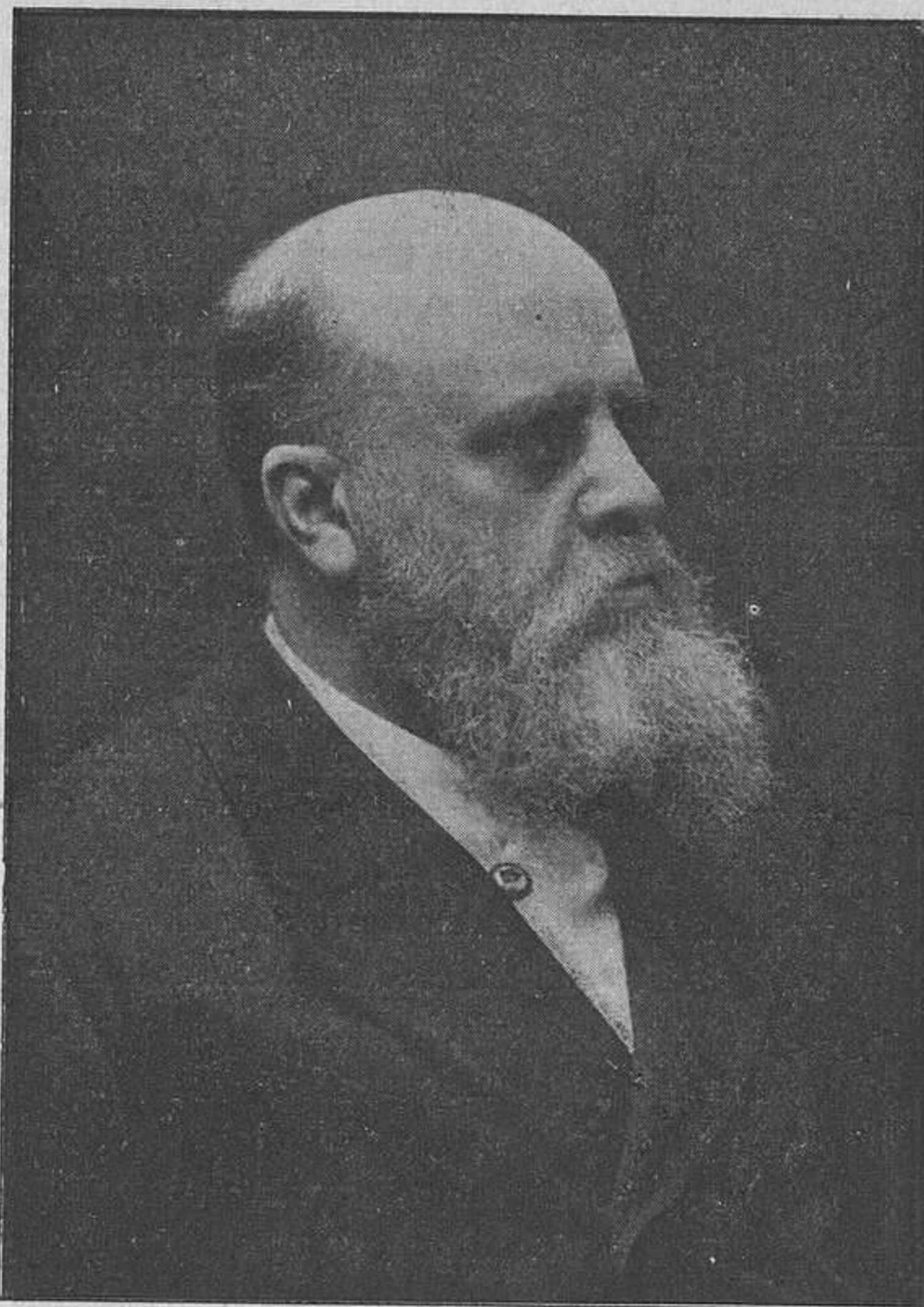
licadeza con que se hace sufrir á las madres que son Reinas.

La Regente ha sufrido como ninguna la crueldad y los rigores de las grandes disyuntivas.

El padecer sincero apresa y acaudilla los corazones sanos. Si Cristo no hubiera sufrido, no hubiera recogido culto tan amoroso y tan hondo. Si la Regente hubiera disfrutado de un Trono junto al sér amado, con hijos fuertes, victoriosa en la guerra, y tranquila en la paz, no tendría tantas gentes de buena voluntad que saben quererla; no pasaría á la historia con ese tinte dulcísimo del misionero, del luchador, del mártir.

¡Quiera Dios sembrar de flores su camino, y Alfonso XIII tejer con ellas la Corona inmortal que su amor hacia él ha conquistado al borde de la cuna, para que al ceñir la Reina con ella su frente ardorosa preñada de tristes recuerdos, den á la madre la frescura de las flores, nuevos pensamientos de vida y el reconocimiento del hijo sea la nota clara de su historia!

ALEJANDRO BHÉR.



EXCMO. SR. D. ALBERTO AGUILERA
ALCALDE DE MADRID

regó y lloró buena porción de lágrimas, rindiendo culto ejemplar á la memoria de su otro Alfonso.

Cuando las cosas grandes y silenciosas que se lievan dentro se imponen á las cosas deslumbrantes, á las vanidades, á las pompas, á los halagos; cuando se triunfa con el ideal, sintiendo en todo su esplendor la voluptuosidad de los grandes sacrificios; cuando puede penetrarse en tan alto orden de sentimentalismos, ¡no hay duda! se compra la grandeza.

Por esto la Reina Regente es y debe ser grande en la Historia de España y en la Historia de la humanidad.

Por esto, desde nuestros primeros políticos de todos los matices, hasta yo, que soy un pobre diablo que no se cuida más que del sol en invierno y del botijo en verano, todo el que repase la vida de la Regente en nuestro Trono, tiene que tributarla sincerísimo agradecimiento y particularísima admiración.

Hace algún tiempo, en París, y acabado de leer un artículo del *Temps* relacionado con la salud del joven Monarca, escribí algo que recuerdo ahora, movido por un sentimiento de pena al ver la inde-

EL MUNDO AL REVÉS

(SONETO)

Declaro, por mi fe, ser prodigiosa
la mudanza que en todo hemos sufrido;
dígalo, por ejemplo, ese marido
que hoy se cuelga del brazo de una esposa.

El hombre de estructura vigorosa
siempre el sostén de la mujer ha sido;
es más fuerte, mejor constituido;
ella en cambio es más dulce y más graciosa.

¿Cómo asombrarse, pues, de que me asombre
ante muestra tan clara y peregrina
de perversión moral?... ¡Este es el nombre!

¡Bien hace, al caminar por tanta ruina,
en ir tirando la mujer del hombre....
que el gallo aquí se convirtió en gallina!

MARCOS ZAPATA.

CONFLICTO ECLESIASTICO

La Reina Doña María Cristina
y Don Marcos Aniano González.

Inútil, sino intencionado, fué el conflicto eclesiástico que en 1840 produjo en España el Arzobispo de Nicea. Pretextando la mucha edad de Campomanes, quien, como asesor de la Nunciatura, se había encargado provisionalmente del despacho de los asuntos al salir de Madrid el Nuncio de Su Santidad por no reconocer á Doña Isabel II, le dió por sustituto, para los casos de enfermedad y ausencia, á D. José Ramírez de Arellano, Fiscal de la Nunciatura; y al fallecimiento de Campomanes, en Julio de 1838, tomó Arellano posesión de la Nunciatura en calidad de Vicegerente, y el Ministro Ofalia, como antes Torreno, admitió esta nueva usurpación de incuestionables derechos.

Las consecuencias de estas debilidades, verdaderas faltas de patriotismo, las experimentó la Regencia provisional; pero supo arrostrar valerosa este conflicto más, á los muchos que llovían sobre ella, y sin faltar á la legalidad, ni á lo que la Nación y las regalías soberanas exigían, acabó por conducir escoltado á la frontera de Francia al señor Arellano, interrumpiéndose nuestras relaciones con Roma.

Publicó la Regencia todo lo que medió en el asunto, demostrando que aquel poder no había ofendido, ni aun levemente, la dignidad pontificia, con la expulsión del titulado Vicegerente, y que se proponía obrar con igual energía y sin consideraciones, en todos los casos en que cualquiera se

atrevese á ofender la dignidad de la Nación ó á menoscabar las regalías de la Corona.

Prudente el Papa, se negó á dar el paso muy avanzado que imprudentemente le aconsejaban en perjuicio de la supremacía é intereses de Roma, y se limitó á censurar fuertemente en una alocución, los actos del Gobierno español, á partir de la muerte de Fernando VII.

Culpóse á la Reina Cristina de la virulencia de la alocución, por hallarse entonces aquella Señora en Roma; y sobre ser esto injusto, no había de influir contra ella misma, cuando se condenaban en dicha alocución los actos de su Gobierno; cuando al presentarse en la Capital del Orbe católico la quisieron obligar á ser penitente unos días en una capilla pública, porque como Regente había firmado la extinción de los conventos, manifestándola Gregorio XVI que debía ponerse en regla. S. M., aunque buena católica, comprendió que lo que se pretendía ajaba la dignidad de la Reina española, y respondió que esperaba la llegada de su confesor D. Marcos Aniano González, con quien lo trataría. Enterado éste del asunto, y tomando parte en él Cea Bermúdez, que apoyaba las pretensiones de la curia Romana, hubo largas conferencias, sostuvo González, con inteligencia y valor, las regalías de la corona contra las exigencias de Lambruschini, que ya pedía se confesara Cristina delante del Pontífice y de dos Cardenales, y por último, que lo hiciera por escrito, entregando la confesión firmada para reservarla en los archivos de Roma; á todo se negó González; consignó por escrito su opinión, hizo conocer que los Reyes de España habían podido hacer siempre lo que la Regente, y más decretándolas Cortes, y triunfó de sus antagonistas, dejando en el lugar debido á la Reina madre y la dignidad española.

El sacerdote D. Marcos Aniano González fué quien había casado á la Regente Doña María Cristina con Don Fernando Muñoz, y bastantes veces me refirió este y otros interesantes episodios en nuestros frecuentes paseos en Madrid y en San Sebastián. Poseía un cómodo caserío frente á la encantadora bahía de Pasajes.

La actitud de aquel dignísimo eclesiástico, que no ambicionó canongías ni obispados, ante la Sede romana, no tiene hoy imitadores, y los necesita; es verdad que también se echan de menos en el orden político.

ANTONIO PIRALA.

A UNA DAMA

Anoche te seguí, no por celarte,
que celos sin amor nunca se vieron;
te encontré, te miré, volví á mirarte,
y nada tus facciones me dijeron.

Borrada estás. ¡Por fin llegué á olvidarte,
del todo nuestros lazos se rompieron,
hoy que amo á otra mujer, para mí eres
lo mismo tú que las demás mujeres!

Rota está en mil pedazos la cadena
que de amor se trocó en odio profundo;
hoy amo á otra mujer; ella es quien llena
mi ser, en ella mi esperanza fundo.

Su amor ha puesto fin á la condena
de odiarte para siempre en este mundo;
ella me hizo olvidar mortal encono.....
me mandó perdonarte..... ¡y te perdonol!

F. DÍAZ GALLO.

LA PEREGRINACIÓN DE LA MUERTA

(Cuento idealista.)

I

Recuerdo confusamente—¡ha transcurrido ya tanto tiempo!—que era de noble origen y rara hermosura. Como el idealismo estaba entonces de moda, y, además, constituía parte de su naturaleza, se pasaba las horas muertas soñando con el ideal, de donde, más tarde, contrajo la grave dolencia de las ideas: con decir que soñaba, claramente confieso que era soñadora, no por culpa suya, sino por obra y gracia de las maravillas que

la despertaron á la primera juventud..... Aquella Catedral imponente y famosa, la altísima y esbelta Giralda, que parece el índice de una mano de piedra señalando al infinito; aquél Alcázar moro, creación oriental, dormida hace siglos en los brazos del Occidente, y del que cada ajimez es angosta puerta del deseo, cada salón nido abierto de amor, tibio aún de sensualidad, suspiros y besos; aquel ancho y sereno Guadalquivir, que en las noches estivales de luna parece arteria de plata fundida, cercada de espadañas y flores..... porque he olvidado decir que nuestra heroína era sevillana.

Cuando se presentó en el mundo por primera vez, fué saludada con entusiasmo. Había leído á nuestros grandes poetas, había admirado á nuestros divinos pintores, había aspirado el vario perfume de los vergeles sevillanos y bebido á torrentes con la mirada la luz de aquel espacio infinito y diáfano, y su expresión y sus ideas tenían algo de las formas esculturales del idioma, de los colores brillantes de la paleta, de los aromas de los nardos y azahares de las primaveras andaluzas y de los tornasoles y claridades de aquel cielo.

Las más nobles pasiones llamaron á sus puertas, nunca cerradas entonces á lo generoso y á lo bueno; y el amor con sus tímidas alas de rosa, la ambición honrada con sus frases de fuego, la gloria con sus dudosas promesas, la visitaron..... ¡Cuántas veces soñó con la fama de Bécquer, á la sola vista de unas campanillas azules! Cuántas el alba sorprendió á mi querida muerta á orillas del "sagrado río" queriendo traducir ese himno al sol que todas las mañanas repiten, con no sabidos rumores, arrullos y gorjeos, pájaros y hojas, aguas y flores!

Creció..... y herida de soslayo por el sol enrojecido de la envidia, acaso pareció demasiado bella... y empezó á poco esa sorda conjuración de las almas pequeñas y de los seres envilecidos, en que á un tiempo estallan y se sofocan rugidos de despecho, incendios de ira y maldiciones de impotencia. Lo que después sucedió, fácil es suponerlo: fueronle negados el agua y el fuego, y nuestra heroína sin nombre abandonó aquel suelo inhospitalario y..... bendito.

II

Tiene Madrid atracciones de imán, dejos de grandeza y espejismos de gloria para el alma que sueña, antes de que, gastada y rendida por la lucha, los llorosos ojos lo conviertan en mentidero de famas, muerte devoradora de ilusiones y cementerio de esperanzas. Y allá fué ella, humilde y pobre, rica de fe y de alientos, aunque con el temor interno de los martirios cercanos.

"Quien no espera vencer ya está vencido."

Y ella no esperaba vencer; aunque joven sólo deseaba honrado descanso; pero bien pronto supo con pena que en aquella ciudad inmensa no había espacio para un hogar más, allí donde hay tan pocos hogares.

Aunque conocía la sabia sentencia latina *vivorum ut magna admiratio ita censura difficilis*, ella habíase erigido muchos ídolos y elevado muchos altares.... ¡Cuán pronto tuvo que derribarlos y destruirlos! Vió allí el talento á sueldo de la fortuna, la conciencia al servicio de los poderosos, las letras atadas al carro de la política; si el mundo es el imperio de las medianías, pronto conoció que aquél era el imperio de las nulidades, el botín de los fuertes y la apoteosis del miedo. Parecióle ciudad de lacayos, entregada á la ciega adoración de vergonzosas divinidades: el éxito, la vanidad y los placeres; halló, vestidos de mercaderes, el amor, el mérito, la amistad, la fama, y no vió más que un sólo comprador: el dinero....

Fatigada del espectáculo del lujo, en el que vió tantos espacios negros en el espíritu del hombre, tantas elegantes damas cuyos hermosos cuerpos iban en coche, mientras la conciencia, al lado, caminaba á pie salpicada de lodo, cambió de sitio, y se cruzó con Madrid en masa que se dirigía á los toros; pasó por delante del Congreso y contempló la estatua de Cervantes, que parecía medir con pena nuestra decadencia nacional y política; detúvose luego ante la estatua de Calderón, y creyó que meditaba silenciosamente ante las ruinas del teatro Español....

Dondequiera fué, oyó hablar tenazmente del tenor favorito, del torero de moda, y comprendió

que la fortuna y el aplauso se pagaban especialmente de gorgoritos y pases de muleta. Se refugió en el mundo intelectual, y un filósofo le dijo que su voluntad no existía y era no más una resultante de las sensaciones de la materia, su memoria un mecanismo de impresiones atómicas, y su inteligencia y sus ideas de bien é inmortalidad, una serie de vibraciones y transformaciones de fuerzas.... Se refugió en el mundo literario, y un crítico le habló de naturalismo y la halló anticuada, deforme y fea....

Un día, mientras cerraba el funesto balance mental del año, sintió frío, ese frío glacial de las fiebres del alma, precursoras de la muerte, pero no murió de una vez: su agonía fué larga; fué una muerte á diario, durante algunos meses; al fin sucumbió una tarde en que caía mucha nieve en los espacios del espíritu.... ¡Pobre alma muerta! Su agonía fué ignorada; tuvo por toda oración el silencio, y por mortaja el olvido.

III

¡No os burléis, críticos á la moda, naturalistas mal arrepentidos ó impenitentes, de "las almas muertas", y desead sólo que no muera la vuestra.... si la tenéis! De mí sé decir que la he sentido morir y casi he asistido á mi propia muerte.

Desde entonces empieza esta larga peregrinación de mi destino, que es sólo la inacabable peregrinación de la muerta, de esta muerta querida que en ninguna tierra puedo depositar; en vano las auras vírgenes y vigorosas de América orearon el triste cadáver que conduzco dentro de mí á la manera de entierro fantástico ó de lúgubre paseo; y si algunas flores brotaron en su sepultura, fueron esas flores mustias y amarillas que llaman "flores de muerto", y se secaron al recibir el aire impetuoso de la vida.

¡Años de peregrinación largos y estériles! ¡Años de peregrinación por América, por Oceanía; páginas en blanco de una existencia que se soporta abrazando un cadáver y conociendo que la presencia de ese mismo cadáver es el resto que nos queda de vida!

CARLOS PEÑARANDA.

UN SONETO DE MANUEL DEL PALACIO

En la modestísima fiesta de familia con que se celebró el enlace de la Srta. D.^a Teodora Valero y Martín, hija de nuestro querido compañero Don Juan Valero de Tornos, Manuel del Palacio, de quien con razón dicen todos los que le tratan que es eternamente joven, á los postres, dándole pies forzados, y en muy pocos minutos, improvisó el siguiente bellísimo soneto:

Después de la boda.

SONETO

Viértase aquí en torrentes la.... alegría
si del jardín nos lo permite el..... guarda;
aquel que ante una boda se..... acobarda
no es digno del amor ni la..... poesía.
Por vosotros, que hallasteis la.... armonía,
que ya ningún obstáculo..... retarda,
quiero lanzar al aire mi..... espingarda,
moro con alma alegre y faz..... sombría.
Permita el Cielo que pisando..... flores
labréis á la ventura el dulce..... nido
que respetan los pájaros..... traidores,
y triunfando del tiempo y del..... olvido
podáis decir al Dios de los..... amores
que es la mayor victoria el ser..... vencido.

MANUEL DEL PALACIO.

Fuera del Concurso de GENTE VIEJA

¿QUÉ ES MODERNISMO?

I

Quando no sé la etimología de una voz, me parece que escribo al aire.

Diderlein.

GENTE VIEJA abrió concurso para premiar el mejor artículo explicando y definiendo *qué es modernismo*. Y la turba multa que á sí se dice moder-

nista, ha acudido, presurosa, á disputar el premio.

Conozco la interioridad de un certamen; y aun cuando el caso no es la regla, formé propósito de no acudir jamás á esos concursos, aun á trueque de pensar contra el modernismo y proceder á su favor. *El modernista* pretende ser (ya que no el superhombre) algo superior, excepcional, raro, que sale de lo trivial y común; algo así, diré yo, como monomaniaco por la originalidad, á orillas unos y dentro otros, de esa triología razón, sentimiento y sinceridad, y es ilógico que el *modernista* abdique su pensamiento y su libertad, sometiéndose á la trillada senda del concurso, en el que tres escritores van á elegir y sancionar, cuando pueden acudir al plebiscito, á la opinión toda, desde las libres é independientes columnas de la prensa, que, cual la onda, extiende del centro á la periferia ideas, enseñanzas, arte, ciencia y sistemas.

Atendiendo á las leyes de composición y descomposición de las palabras de nuestro idioma, podemos separar la voz en la forma siguiente: *mod-erno-ismo*, correspondientes á radical, sufijo y desinencia; y como esta desinencia connota la idea de imitación el sufijo es un elemento terminal y el radical procede de *modó*, que vale tanto como acción *al punto, ahora mismo, recientemente*, tendremos que el *modernismo* no será otra cosa, etimológicamente considerada la frase en su aspecto gramatical é ideológico, que *el sistema del modo habitual de ser, pensar, hablar ú obrar* (acción) *ahora, en la actualidad*.

¿Es esto lo que significa el *modernismo*? Es tan lato, tan vago, tan general el concepto, que no da idea; y para fijar la frase que compendiará esa idea, sería preciso más. Algo así como limitar la extensión de significado, particularizarlo, individualizarlo — que escribiría Benot — á fin de que resultase el nombre propio de la escuela, sistema, ó lo que pretendan que sea.

Dado el valor representativo de la frase, no significa, no es imagen de la idea. Y entre la idea y la palabra que la sintetiza debe existir relación íntima, y más cuando esa palabra es el nombre propio de la tendencia, sistema ó escuela. Además, como la acción á que se contrae lo *moderno* es de presente, resultaría, andando el tiempo y en la evidente relación de unidad, acción y tiempo, que lo pensado y escrito en la actualidad dejaba de ser *de actualidad, de presente, ahora*, para ser remoto pretérito, y sería asaz arcaico el *modernismo* de principios del siglo XX, por ejemplo á principios del XXI.

Es verdad que la etimología no es la definición y que ésta es el desarrollo verbal de la comprensión de una idea; mas no puede olvidarse que la etimología es á la definición lo que el signo á la idea que representa, y, por lo tanto, la palabra *modernismo* no puede ser nombre de tendencia, sistema ó escuela, sino accidentalmente, en tanto se busque otra; y no he de detenerme á recordar cuanto todos saben acerca del *romanticismo, materialismo, idealismo, naturalismo, realismo*, etc., que en España, en Francia, en Alemania, en Rusia, en Italia han hecho célebres los fundadores de escuelas y sistemas literarios, filosóficos, económicos, etc.; voces de perfecta adecuación entre el valor de la frase y la escuela ó sistema que representa, para hacer innecesario recordar, á título de erudición barata, nombres ilustres que cuantos escriben y leen, conocen. En arquitectura, en escultura, en pintura, en ciencias, en letras, hay orden, estilos, escuelas, pero siempre propios, característicos, permanentes, individuales, que clasifican con distinción clarividente. Siempre, en todas, *algo diferencial*, inmutable, á modo de substancia ó esencia diferencial—permítase la frase—de forma y fondo, que las hace inconfundibles aun en el transcurso del tiempo, porque va unido, fijo á la idea, á lo inmutable, y no á lo efímero del momento de la acción, del *tiempo*, que hace viejo lo nuevo, antiguo lo moderno.

Por esto yo empiezo rechazando el nombre *modernismo* aplicado á escuela ó sistema artístico, literario ó científico, y sólo puedo aceptarlo como nombre accidental de una tendencia artística, literaria ó científica; y digo *tendencia*, porque, en mi juicio, no están definidos los caracteres con los cuales pretenden hacerlos distintos de las escuelas ó sistemas hoy conocidos, cosa nueva.

Lo excéntrico; lo raro; lo original; el escepticismo; la despreocupación; la enmarañada melena; la ropa deshinchada; el lazo llamativo; el traje estrecho y el ancho; la combinación de colores fuertes; la falda redonda; los ángulos curvilíneos y con abuso de la curva por todas partes; las frases de desdén, despectivas; el eterno jimbécil como compendio de juicio de los demás en labios del ignaro autor, de cerebro vacío, que á nadie da beligerancia, cuando no es ni aun insurgente y suele ser un salteador de la literatura, de los que fustigara Bernardo López al pedir guardia civil en el Parnaso; el concepto alambicado; la filosofía tan sutil que se hace invisible é intangible; á todo esto llama el vulgo modernismo y esto entienden algunos que á sí propios se llaman modernistas.

Largo fuera entrar ahora en el concepto personal, en mi idea acerca del modernismo, ya indicado antes, sólo aceptado como nombre vulgar ó accidental dado á una *tendencia*, que será objeto de otro escrito, ya que entienda que esa *tendencia* mal llamada *modernista* es hoy un embrionario germen en que entran como sustantivas ideas tan hermosas como las de libertad, igualdad y fraternidad, no en el sentido restrictivo que los políticos conceden á esas frases, sino en el propio, amplísimo, que hace á los hombres amarse unos á otros y á las sociedades evolucionar rápidamente hacia la perfección, que es el fundamento de la vida, del progreso y de la civilización.

No puede negarse la influencia de las luchas políticas, religiosas y sociales en las artes, las letras y las ciencias; y esas luchas traen sus heraldos, soldados y generales, verdugos y mártires, espinas y laureles, y es fácil que no tarden en delinearse los caracteres que hoy se engendran; y determinados, al desarrollarse los caracteres diferenciales, propios, individuales, lo que es hoy embrionaria tendencia, forme entonces la escuela ó el sistema, paralelamente al afianzamiento de esa otra tendencia social hoy también en lucha, evolutiva y revolucionaria, contenida y desbordada, que hace temblar á los más altos en los Estados y ataca en sus cimientos las leyes todas, para crear estados nuevos de derecho, *épocas*, que se llaman en la historia de la vida de los pueblos.

MANUEL DE GUINDOS.

LOS QUE FUERON

Rodríguez Correa (Ramón).

† 19 de Mayo de 1894.

Ayer hizo ocho años, que joven todavía, dejó de existir el que si para el mundo fué un literato de brillantísimas dotes y una de las personalidades de más relieve de su época, para el que estas líneas escribe fué, al par que maestro, amigo entrañable.

Rodríguez Correa nació en la Habana y se crió en la opulencia. Reveses de fortuna le trajeron á España, educándose en Cádiz, desde donde se trasladó á Madrid en 1856, deseoso de conquistar un nombre y una posición. Correita, como dieron en llamarle desde sus primeros pasos en la villa y corte, era pequeño de cuerpo, delgado, vivo; un manojo de nervios que no se podía estar quieto ni un segundo.

Con el chiste siempre en los labios y en los puntos de la pluma, bien pronto se dió á conocer en los círculos literarios y políticos, así como más tarde en los salones del gran mundo. Notable escritor, intencionado y brillante periodista, su cualidad más saliente era la conversación. Nadie como él tenía la facultad de entretener, de deleitar, de seducir por medio de la palabra. Era lo que se llama en Francia un *Causeur* sin rival.

La *causerie*, esa conversación amena, chispeante, que todo lo desflora con una frase aguda, que sin profundizar lo toca todo de una manera nueva, original, salpicándolo de graciosos equívocos, que como mariposa revolotea alegremente en todas las cuestiones, y como la abeja extrae la miel de cada una de ellas sin estropearlas, es una fruta casi desconocida entre nosotros.

Poseedor Correa de una cualidad tan inapreciable, pronto se abrió camino hablando y diciendo gracias,

como otros se lo han abierto callando ó diciendo necesidades. No ocupaba por aquellos años la literatura en el periodismo español lugar preferente. Llenaban las columnas de los diarios las polémicas apasionadas, en que se debatía por la libertad, que hoy no estiman en lo que vale los que no han contribuído á lograrla. Sólo al final de la tercera plana había en algunos periódicos una sección modestísima, nominada *Gacetilla*, en la que el literato de la casa ocupábase de los sucesos de actualidad. En la *Gacetilla* de *El Contemporáneo* fué donde Correa en prosa y en verso comenzó á hacer el comentario vivo y chispeante de la política del día. Brotaba de su ingenio al choque del último suceso, al eco de la resonante novedad; era el epigrama vivo de la política; era el comentario jocoso del discurso parlamentario, de la obra que acababa de estrenarse, del cuadro que llamaba la atención de los aficionados.

Gran trasnochador como Miguel de los Santos Alvarez, el General Mendoza y Florencio Moreno Godino, aseguraba que en lo de trasnochar es en lo que demuestra el hombre su superioridad sobre todos los animales de la creación.

—Los brutos—decía—se acuestan en cuanto anochece, porque no tienen más luz que la del sol; pero el hombre, ser inteligente, vive de noche, porque ha podido prolongar la esfera de su acción gracias á la luz artificial, que es el símbolo más elocuente de la laboriosidad.

Su marcado estrabismo era para Correa motivo de chistes abundantes y graciosísimos. Un médico muy nombrado quiso corregirle la disposición viciosa de los ojos; pero meses después, sin duda porque la operación estuvo mal hecha, se le volvió á torcer la vista á Ramón.

Eusebio Blasco, al encontrársele en la calle, le preguntó:

—Pero, chico, ¿qué es eso?

—Pues nada, que he leído el mensaje de la Corona.

En su campaña contra la unión liberal se empeñó en declarar bebedor á Negrete, Ministro de Gracia y Justicia, y cuando los periódicos anunciaban que estaba enfermo, él decía:

—Tiene el *oidium*.

Otro día, al noticiar la llegada á Madrid del General Dulce, lo hizo en esta forma:

«Vino Dulce. ¡Cómo se alegrará Negrete!»

Amigos del Ministro demostraron á Correa que no sólo no se embriagaba su excelencia, sino que ni probaba el vino.

—Debe usted rectificar—le dijeron.

—¿Yo?—contestó Ramón,—de ningún modo. El es quien debe rectificar emborrachándose.

Desde que se hicieron las primeras casas del barrio de Salamanca figuró Correa como inquilino de una de ellas, situada en la calle de Claudio Coello. Por el cuarto bajo que habitaba satisfacía una pequeñísima mensualidad.

Obligado Salamanca á vender la finca, el nuevo propietario aumentó el precio del arriendo.

Correa se negó á la exigencia del casero, fundándose en que él había alquilado un cuarto bajo, y que si se lo subían, ya no sería bajo.

Una tarde se hablaba en casa del inimitable prosista D. Juan Valera de bibliografía antigua. Pública es la prodigiosa erudición y la portentosa memoria de Menéndez y Pelayo. Pues bien; este bibliófilo hacía gala de sus conocimientos, enumerando multitud de códices y volúmenes curiosos, las fechas en que fueron impresos, los nombres de los editores y las erratas más importantes de los textos. De repente le interrumpió Correa:

—Yo poseo un libro que usted no conoce.

—¿Cuál es?

—Un libro de tamaño pequeño, publicado en Alcoy por Ridaura.

—¡Ridaura!.... ¡Alcoyl!.... En efecto, no lo conozco.

—Pues aquí lo tiene usted; se lo regalo—dijo Correa sacando de uno de sus bolsillos un librito de papel de fumar.

Amigo cariñoso, Ramón estaba dispuesto siempre á compartir cuanto tenía con sus compañeros de bohemia.

Allá por el año 1859 vivía en una casa de huéspedes de la calle del Baño, y sea por falta de dinero, como cuenta Manuel del Palacio, ó porque lo gastase en otra cosa, ello es que siempre andaba entrampado con la patrona.

Muchas noches, á última hora, solía decir Ramón á Palacio:

—Manolico, esta noche tienes que venirte á dormir conmigo.

—Pues ¿qué sucede?

—Si vienes, nada; si no vienes, ignoro lo que sucederá. He prometido á la patrona darle mañana dinero; y como no tengo un cuarto, habrá escándalo en lugar de almuerzo.

—¿Y crees que mi presencia podrá evitar la catástrofe?

—Sin duda.

Supone el ilustre poeta que la patrona debía tenerle por persona importante y de respeto, por haberle visto usar mucho los carruajes de Eduardo Asquerino, que habitaba en la casa contigua á la de Correa. Lo cierto es que cuando al nuevo día entraba la patrona en el aposento, al ver las dos cabezas sobre la almohada y advertir que una de las dos era de Manuel el propietario, su mal humor se trocaba en dulzura y concluía por darles muy bien de almorzar.

Para justificar su presencia en la casa, Palacio departía con Correa sobre el plan de una obra que iban á escribir juntos y que indudablemente les produciría grandes ganancias. Oírlo la patrona y dirigirse á Manolo, todo era uno.

—Sí, por Dios, señorito—le decía,—haga usted que D. Ramón trabaje.

—Cosa que me guardaba mucho de hacer—cuenta Manolo,—porque eso hubiera sido pretender corregir á Dios, que no creó á Correa para trabajar.

No sólo Manuel del Palacio, sino Pedro Antonio de Alarcón, Castro y Serrano, Albareda y cuantos le trataron, calificaban á Correa de perezoso, porque jamás quiso contraer vínculos editoriales que le obligaran á una labor continuada y á fecha fija. Yo no estoy en un todo conforme con este calificativo. Más me inclino á la opinión del actual director de *El Imparcial*, Sr. Ortega Munilla, al suponer que la modestia de Ramón contribuyó á que resultara poco fecundo uno de los más fecundos ingenios de la moderna España. Bajo apariencias de espontaneidad ruidosa, Correa guardaba un religioso respeto al público, y no creía que el literato debiera dar á la estampa sino aquella parte de su obra de que estuviera seguro y cuyo mérito hubiera aquilatado.

Si á esta opinión se une lo que no una, sino mil veces, of á Correa, se explica perfectamente su *pereza*. Decía Ramón, y los hechos lo han demostrado y lo demuestran:

—No hay nadie que me convenza á mí de que, sólo escribiendo literatura puede ganarse en España una fortuna, único objeto del trabajo, si éste no ha de limitarse eternamente á percibir menos salario que el de un regular barbero..... Sin recurrir á tipos históricos y célebres, yo, desde que llegué á la vida literaria muy joven, jamás he visto vivir cómodamente á nadie con la buena literatura, porque dicho se está que la mala, por sostenerse de la cantidad y no de la calidad, pareciese á la familia de los pobres. No se agota nunca, está al alcance de todos y por todas partes se mete con la importunidad del mendigo, hasta que al fin saca mendrugo. Constante en esta manía, pareceme que corren peligro de muerte todos aquellos amigos que ateniéndose únicamente á cultivar en literatura lo bueno, lo bello, lo provechoso y lo lícito, van encaneciendo y encorvándose bajo el peso de los años, siempre aplau-

didados, siempre respetados, pero siempre pobres y eternamente confusos y dudosos sobre el porvenir.

De esta manera he visto vivir á Becquer, á Roberts, á Monroy, á Viedma, á Carlos Rubio, á Esquivel, etc., contando únicamente en sus vidas por días de reposo ó de fortuna aquellos en que una credencial ganada á tiros, junto al cadalso ó en un calabozo, venía por tan distinto sesgo que el literario á premiar, no sus talentos, sino sus servicios políticos, cuando no resultaba que, al premiarse éstos, quedábanse ellos muy por debajo de algún arrocinado cacique de elecciones, de un general *Bum bum*, de bigotes retorcidos, ó de un constante y servicial amanuense del jefe de paz ó de pelea. Como vi morir á los muertos, sigo viendo vivir á los vivos.

Sabido es que la actual Duquesa de Denia ha reunido siempre en su señorial morada á hombres políticos importantes, á poetas distinguidos y á artistas eminentes. En estas reuniones se hace gran derroche de ingenio y de erudición; se habla de todo y se juega *encarnizadamente* al tresillo. Mientras vivió Correa fué una de las personalidades más apreciadas de estas reuniones, á las que daba gran animación con su constante humorismo y su natural gracejo.

Elegido diputado en 1888, las tareas parlamentarias impidieron á Ramón por espacio de dos ó tres meses frecuentar la casa de la Duquesa; pero enterado por Castro y Serrano de que la ilustre dama lamentábase de su retraimiento, se disculpaba de esta manera:

Soy diputado, señora,
ministerial y sin sueldo;
es decir, que soy la almendra,
que tritura el horchatero.
Tengo que estar á la una,
y no á la otra en el Congreso;
porque si llego á las dos,
á las tres soy insurrecto.
Innúmeras comisiones
presido ya, como viejo,
yunque de toda disputa,
de toda opinión tercero.
Llega, después, el *dictamen*,
y soy en el *discurso*
de todo zurriago, espalda,
y blanco de todo negro.
Las siete suenan, al cabo,
(que obtiene inmediato ascenso),
pues el *cabo* salir suele
con galones de *sargento*.
Entonces, seco de lengua,
con dolor en el cerebro
y con más gana de un baño
que un oso blanco del hielo;
llego bufando á mi casa,
y entre si duermo ó no duermo,
me quedo siempre dormido
y á las tantas me despierto.
A tales horas un *club*
ó una fonda son mi templo,
y una función de á peseta
el lujo de mis recreos....
¿He de visitar dormido?
¿Han de esperarme despiertos?
¿Van á los casinos damas?
¿Se da tarjeta al sereno?
.....
¡Adiós, tresillos y sedas!
¡Adiós, torneados cuerpos!
¡Adiós, espaldas de nieve!
¡Adiós, sonrisas de fuego!
.....
¡Perdón, ilustre Duquesa,
castigo en mis faltas tengo;
pues entre cifras y sumas
discuto los presupuestos!
De limosna te demanda
un perdón de á cinco céntimos
un bizco, corto de vista,
en un romance de ciego.

Como no fué sólo como ya he dicho, notable escritor, intencionado periodista y *causeur* sin rival, fué también un excelente poeta, correcto, elegante y castizo en la forma. Su sátira inedita *¡Alto!*, en la que fustiga al vulgo, y su epístola *El arte de hacer fortuna*, así como otras muchas composiciones que andan diseminadas en periódicos y revistas, se bastan y sobran para asegurarle un envidiable puesto en el Parnaso español contemporáneo.

He aquí un trozo de *¡Alto!* en el que señala la diferencia que existe entre el vulgo y el pueblo.

.....
Mas los antiguos lazos ya deshechos,
«¡Robo es la propiedad!» un libro exclama
á guisa de trabucos á los pechos.

Y robo fué la propiedad. La llama
del asqueroso aceite de asfaltide
iluminó la criminal proclama.

E vulgo hambriento á sus fulgores mide
la alteza inquebrantable que le abrumba,
y su grosera voluntad impide.

Como en fango revuelto y en espuma
precipítase el líquido y batalla
tendiendo su nivel ante la bruma,
y allí donde en su curso, erguidos, halla
alcázar elevado ó verde cima,
que son de su nivel constante valla;

Mas se retuerce, enrosca, muerde y lima
con la calma tenaz del envidioso
que en su propio nivel funda su estima,
hasta que al fin estruendo pavoroso
anuncia que ya es lodo entre sus lazos
del arte ó de los siglos el coloso.

Así del vulgo tiéndense los brazos
hacia todo vestigio de grandeza
para medir su talla en los pedazos.

No es ese el pueblo, no; de él la nobleza
toma forma y poder cual del incienso
nube aromada á evaporarse empieza.

Es la ignorancia, que al clamor intenso
del labio envenenado por la ira,
brutal levanta su apetito inmenso.

Al saber y al pensar llama mentira,
y sólo el dardo de la fuerza bruta
la mano blande, que en rencor se inspira.

La voluntad no más abre la ruta,
y es de todo poder única fuente
la fuerza de los brazos absoluta.

No hay deber, no hay derecho; de la mente
al músculo pasó todo el impulso
é insulta el brazo á la elevada frente.

.....
Correa leía libros, comedias y periódicos de una *acostada*, que no *sentada*, pues en los años que alcanzó de vida aseguraba no haber encontrado asiento más cómodo que su ancho y mullido lecho, de un gran valor histórico, pues había pertenecido, según él, á la Princesa de Éboli.

Las dimensiones que van tomando estos recuerdos y el temor de cansar con ellos á los lectores de GENTE VIEJA, hacen que deje en el tintero muchos otros episodios de la vida del ilustre autor de *Rosas y perros*, el que más que escribir—como decía un reputado cronista de salones—prefirió hablar é ir por todas partes derramando su ingenio, como el célebre Duque de Buckingham derramaba perlas.

EDUARDO DE LUSTONÓ.

DERECHO POLÍTICO

Comisiones permanentes de las Cámaras.

El estudio del derecho político comparado, interesantísima parte de la historia universal, es tan antiguo, que puede considerarse al filósofo Aristóteles como su fundador. En su *Politica* examina y discute las constituciones que llegaron á su noticia, si bien prescindiendo, como era natural en un sabio griego, de las constituciones de los bárbaros, donde tanto, sin embargo, habría que aprender. Durante la dominación romana, Cicerón prosiguió el mismo estudio en su interesante obra *De República*. Más adelante ya se descuidaron por necesidad estas investigaciones, pues todo el mundo conocido y civilizado quedó sujeto al poder de los Césares. Tácito, en sus *Costumbres* de los germanos, fué el único escritor representante de los estudios á que nos referimos. Ya en el Imperio de Oriente, nacidos los nuevos Estados, algún Emperador prosiguió tan noble tarea; y en Occidente le imitaron los que estudiaron las costumbres y fueros civiles ó políticos de las razas bárbaras. En el pasado siglo Rousseau, Condillac y Mably labraron su reputación en la misma ciencia; Adams especialmente se ocupó en el examen de las constituciones de los Estados Unidos; Locke escribió

otra para la Carolina, estudiando antes las más dignas de recordación entre los europeos y el defecho constituyente en las doctrinas de los filósofos que le precedieron. Entre nosotros el Sr. Colmeiro escribió una obra especial sobre el derecho político de las naciones hispano-americanas, y en ellas trataron del mismo asunto Samper y Arosemena.

*
* *

Todo lo político es discutible, y más en nuestros días, y entre la ciencia y el arte, ó mejor dicho, la práctica del gobernar, hay una distancia inmensa. En la primera caben doctrinas generales y reglas sin excepción; en la segunda preciso es atender á las circunstancias de los pueblos y cambios de la opinión. Muchas son las cuestiones teóricas suscitadas por el examen de las Constituciones de América; ni el tiempo de que disponemos, ni la ocasión en que escribimos, consienten que las discutamos; así es que preferimos una de gran importancia, cual es la de las comisiones permanentes de Cortes ó conservadoras, como se llaman en Chile.

Distingúense el poder legislativo y el ejecutivo en que uno es intermitente y otro constante en su ejercicio; pero de esta diferencia, que es indudablemente esencial, proviene la necesidad de cortar los males que de la misma se originan. Durante los interregnos de las Cámaras, ya por antigua costumbre nuestra, cierto número de representantes de la Nación continuaban reuniéndose y en relación con el Gobierno para el despacho de los asuntos de mayor urgencia, única manera de precaver los abusos de mil géneros imputables á los Gobiernos, que aprovechan los citados interregnos para cortar nudos no fáciles de desatar, con la sola restricción de dar cuenta á las Cortes. Bien sabemos que la traba que imponen á los Magistrados supremos tales ocasiones coarta mucho su acción libre y desembarazada; pero ha de considerarse que gobernar no es beneficio, sino oficio. Propicia ocasión es esta para referir las palabras de un Rey de Esparta, que deseaba reformar en sentido liberal la Constitución de Licurgo y á quien reprendía la Reina porque disminuía el poder supremo. "Más segura quedará la corona para nuestros hijos, si los mismos reyes se prohíben la facultad de obrar de una manera despótica." La intervención de las comisiones permanentes de Cortes no se ha imaginado para dificultar el uso, sino para precaver el abuso de la autoridad; por tanto, si bien es útil la mencionada institución, es preciso trazarle fundados límites, para que no degeneren en corruptela, siendo de suyo saludable medio de gobierno y fiscalización. Nuestras Constituciones de 1812 y de 1855 son las dos que se han expresado con plena franqueza; las demás han velado con más ó menos habilidad sus propósitos en algunas materias bajo fórmulas que procuraban contentar á determinados partidos. Sin embargo de que las comisiones permanentes de Cortes cayeron entre nosotros en desuso, y de que en las mismas Cámaras apenas hubo un orador que las reclamase ó defendiese, el antiguo precedente se manifestó alguna vez como aspiración á mejorar las instituciones parlamentarias, y ahora recordamos que la Junta popular y revolucionaria de Sevilla en Septiembre de 1868 reclamó la mencionada institución, que sin embargo no había de prevalecer, por contraria á las tendencias y costumbres de otros partidos.

La Comisión permanente del censo es la que puede únicamente recordarnos las de que tratamos. Conveniente es que se vele por la pureza del sufragio, base de la representación parlamentaria; pero no importa menos que la obra de las Cortes no se interrumpa por completo en las épocas de vacaciones.

Sabido es que muchos importantes proyectos de ley han pasado á la historia ó al olvido desde las Secretarías de ambas Cámaras. En suspenso ó terminada una legislatura, toda la obra del poder ejecutivo, y aun todas las iniciativas del Parlamento, quedan muertas; mientras que la Comisión permanente podría sin dificultad alguna continuar el comenzado estudio y no prescribirían los mencionados proyectos, que como es sabido deben de nuevo presentarse á las Cortes. La reforma de nuestro Código penal es un buen ejemplo

de las dilaciones que produce la completa interrupción en los trabajos de las Cámaras.

La modificación á que aludimos, que históricamente afecta cierto carácter de liberal avanzado, no lo tiene por su esencia, ni en las naciones americanas que la admiten se considera así; por eso en principio la recomendamos á todos los partidos, que en dichas Comisiones deberían estar natural y legalmente representados.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

(DE UNA COLECCIÓN DE CUENTOS INEDITOS)

THE ALMIGHTY DOLLAR

EL TODOPODEROSO DOLLAR

II

Era un magnífico día del mes de Mayo. En ciertas vías de París, y particularmente en los Campos Elíseos, y en la gran *avenida* del Arco de la Estrella al Bosque, notábase animación extraordinaria, inusitado movimiento de coches. Seguramente no había quedado vehículo alguno, con tal de que rodar pudiese, relegado en las cocheras de la inmensa ciudad. Para formarse una idea, aunque sólo aproximada y deficiente, de lo que es París en día de carreras, hay que pensar en la calle de Alcalá de nuestro Madrid el día de la corrida extraordinaria de Beneficencia. Aquí donde sólo conocemos, en lo que á la fiesta hípica se refiere, el tristón espectáculo, sin color ni calor nacional, con que unas cuantas veces al año nos brinda el desanimado hipódromo de la Castellana, podemos apenas concebir el cuadro grandioso, sugestivo, deslumbrador, de una tarde de carreras, con el sol de Mayo, en el Bosque de Bolonia. Hay que ver el lujo y la riqueza de los trenes, la caprichosa elegancia de las señoras, la alegría, el bullicio, el entusiasmo con que todo París toma parte en la reñida contienda, en que cada *jockey* hace lo imposible, para que su caballo toque antes la meta y alcance la victoria. La emoción es honda y verdadera. Para los dueños de los caballos el valor material de los premios, que con tanto afán se disputan, suele ser lo de menos; lo de más es el crédito, el prestigio de las cuadras, y las sumas considerables que aventuran en las apuestas. A la mayoría de los espectadores tales motivos interesan poco; pero no les apasiona menos la lucha por el juego de azar en que la convierten, tomando parte en los agios y combinaciones de los *bookmakers*, cuando no en particulares apuestas de individuo á individuo.

Pero no es todo el ansia de lucro ó el recelo de la pérdida. En aquella abigarrada multitud hay no pocos á quienes mueven otros impulsos, ó no llevan determinado objeto; los que van sólo por gozar del espectáculo; las damas á quienes más que nada preocupa el deseo de lucir sus prendidos y ostentar sus galas; los enamorados que hallan entre el bullicio de la gente ocasión favorable de verse y hablarse. También hay, elemento muy principal de tales fiestas, las que llaman hoy nuestros vecinos *horizontales* y ayer llamaban *biches*; damas de *double*, que otra mira no tienen que deslumbrar, escandalizar, poner la ceniza en la frente con su lujo desenfrenado á las señoras del gran mundo. Y son de ver los *lunches*, ó meriendas, para decirlo á la española, que se hacen servir en sus carruajes, al aire libre, en las cuales, con exhibición de plata y vajilla, se consumen los más selectos manjares, y el *Château Lafitte*, y el *Champagne* de las marcas más famosas, fluyen como si fueran agua. De esta prodigalidad y magnificencia, el toque no está en el propio regalo, ni en el obsequio á los amigos, sino en el alarde, en la ostentación; en que el público vea y admire; en *épater le bourgeois*, como dicen en París.

En el intermedio de la primera á la segunda parte del programa se paseaba, en el espacio comprendido entre la tribuna del *Jockey-Club* y la cuerda de la pista, la señorita de La Ferté con su madre; ambas elegantemente vestidas, y la primera verdaderamente encantadora con su sombrero de anchas alas, adornado de espigas y ama-

polas, su vestido de fular de tonos claros, ceñido al talle con una ancha cinta roja, y en la mano una primorosa sombrilla de encaje de Chantilly y mango cincelado de coral rosa. Cuantos pasaban á su lado la contemplaban con admiración. El Marqués de Montsalví y otro señor de aspecto grave las acompañaban. Este hablaba con la mamá, el Marqués con la hija. En una de las vueltas — ¡ah! — exclamó la joven mirándose las manos — he dejado caer el pañuelo. — Volvió la cabeza el Marqués y, en efecto, á pocos pasos yacía en el suelo la preciosa prenda, y corrió á recogerla; pero se encontró frente á frente con Mr. Madison, que se adelantó á su vez, y con una osadía increíble, al bajarse el Marqués á coger el pañuelo, le puso encima el pie para impedirlo. El Marqués, que era fuerte y que, si bien menos corpulento que el americano, tenía músculos de acero, lo separó de un empujón, que le hizo titubear como si se hallase ebrio, y levantó con fría calma el leve y blanco lino, guarnecido de encaje, algo ajado por la contienda.

El yanqui, descompuesta la faz, los ojos centelleantes y el bastón enarbolado, se fué al Marqués. Amigos de ambos se interpusieron, y Mr. Madison, haciendo del bastón arma arrojadiza, lo lanzó con furia á la cabeza de Montsalví, al que rozó levemente. El Marqués dijo en voz baja algunas palabras á un su amigo, y retirándose del grupo, llevó el pañuelo á su dueña, la señorita de La Ferté, que con gran inquietud había contemplado la desagradable escena.

Tan imprevisto lance fué el resto de la tarde tema obligado de conversación, particularmente para los que no tenían comprometido su dinero en los azares y vicisitudes de la lucha hípica, pues para éstos nada podía tener importancia, que no fuese la ganancia ó la pérdida.

Ya habrá comprendido el lector que la cuestión suscitada por el pañuelo de la señorita de La Ferté no iba á quedar muerta en el *turf* del hipódromo. Ni la dignidad del Marqués ni el orgullo del yanqui podían consentirlo. ¡Pobres de ellos, si se hubieran mutuamente perdonado y tendido fraternalmente los brazos! ¿A qué burlas no se habrían expuesto, ni qué club de aristócratas y *sportsmen* los hubiese admitido en su seno? Las leyes del honor exigían que la cuestión se ventilase con las armas en la mano, y seguramente á ninguno de los interesados ocurrió siquiera la idea de que el asunto tuviese otra compostura que no fuese un duelo. Es más, dado el odio que en sus pechos ardía, no digo yo que cada cual deseara, precisamente, matar á su adversario; pero sí infligirle tan duro castigo que no lo olvidara en el resto de sus días.

El Marqués nombró, como padrinos, á un gran amigo suyo y compañero del *Jockey-Club*, el Conde de Bonneville, y á un pariente muy querido, Gastón de Valneuf, distinguido Oficial de Artillería. Sólo dos encargos les hizo: que si creían, como parecía justo, que á él, siendo el ofendido, correspondiese la elección de armas, propusieran desde luego la espada, que era el arma verdadera de los caballeros, y pusiesen por condición que el duelo no pudiera terminar sin que uno de los contendientes quedase fuera de combate.

Mr. Madison, por su parte, confió su honor á un agregado militar de la Legación americana, Mr. Morris, y á otro compatriota, joven de poco seso, hijo de un famoso médico dental, ya retirado, que enriquecido en su profesión, se había quedado, como tantos otros extranjeros, residiendo en París, la ciudad de todo el mundo. Las recomendaciones de Mr. Madison á dichos sujetos eran, que correspondiéndole la elección de armas, propusiese el revólver de cinco tiros á veinte pasos de distancia, y la precisa condición de que los adversarios pudiesen disparar marchando el uno contra el otro. La lucha no cesaría hasta que se apurasen los tiros ó cayese herido sin poder continuar uno de los combatientes.

E. R. DE S.

Duque de Rivas.

(Se continuará.)

COMPañIA

De ir solos por la vida nos quejamos
á la contraria suerte:
y solos nunca vamos;
que, mientras por la vida caminamos,
siguiendo nuestros pasos va la muerte.

FEDERICO BALART.

LA CABEZA DEL DIABLO

(APUNTES DE VIAJE)

III

En aquella altura prodigiosa, saturada por un aire que reanimaba á los muertos, descubriendo vastísimos panoramas imposibles de describir, adivinando en lontananza la cordillera de los Pirineos, y no teniendo bastante mirada para abarcar el dilatado horizonte tachonado de bosques y florestas y pueblos como Gallur, Tauste, Magallón, Cortes, Vera, Veruela, Tazona, etc., pasé algunos días consagrado exclusivamente á la contemplación de la naturaleza en aquellas agrestes soledades, ó desde la ventana de mi celda, bajo cuyos pies tenía un abismo de paisajes y sobre mi cabeza el cielo más hermoso que he visto en mi vida.

Aquel modestísimo santuario, colgado, si así puede decirse, en el pico de un monte, á la altura en que las águilas fabrican sus nidos, parece separado de todo contacto terreno y me colocaba más cerca del cielo que de la tierra.

Ermita antiquísima y de sencilla construcción, apenas puede albergar á una docena de familias, que buscan en su recinto la salud del cuerpo, bajo el amparo de la venerada *Señora de la casa*. Unas cuantas celdas desmanteladas, con bancos y mesas de refectorio; paredes agrietadas por la fuerza de los años—que tienen mucha fuerza;—ventanas sin cristales, pavimentos de yeso, alumbrado de candil, vajilla de madera, sirvientas de.... estuco y alimentos frugales, pero sanos, constituyen todo el *confort* de aquella mansión religiosa.

No bien el primer rayo del sol llegaba todos los días á iluminar el mundo, besaba cariñoso las blancas paredes del santuario, mientras la rota campana de la iglesia anunciaba á los ermitaños que era la hora de despertar. Huéspedes de ambos sexos empezaban á circular por las galerías, y las viejas domésticas de la ermita, que formaban un verdadero aquelarre, hilando copos ó haciéndose la *toilette* á la puerta de la casa, salían á la calle, que no era calle, sino camino, y allí, alrededor de una fuente, depósito común de basuras, se desayunaban con una cebolla y un mendrugo, mientras los viajeros acudían á sentarse en torno de diversos bancos de piedra, donde tomaban el chocolate acompañado de sendos vasos de leche *vista ordeñar*.

Después cada uno se iba por su lado; unos á las *Canales*, fuente ferruginosa de cinco chorros abundantes; otros á la *gotera*, otra fuente á flor de tierra, que está á media hora del Santuario; quién al *Mocín*, cumbre escarpada, con otra fuente, y en cuyo lugar cambia por completo, como sucede por allí á cada momento, el panorama que ofrece la naturaleza; quién, en fin, á las cuevas, inundadas de zorras ó rabosas, como allí dicen, ó al Calvario, pequeña capilla que encierra un Cristo milagroso, y en la cual se observan las señales de una descarga eléctrica, que se abrió paso entre la juntura de dos piedras de sillería sin causar daño alguno y haciendo que brotara en la misma una rama de nogal, que se conserva verde en invierno y en verano desde hace siglo y medio.

Al medio día recibíamos noticias del mundo, conducidas por un carretero de tres pies de estatura y cuatro.... para el desempeño de su cargo; un chico de ocho años, que subía á pie desde Borja, se quedaba dormido en el camino, y cuando volvía al pueblo con la contestación á las cartas se acostaba otro rato, consiguiendo así que nunca llegasen á tiempo nuestras epístolas.

Comíamos después en la celda ó al aire libre, salía-

mos á dar una vuelta y conversar con los pastores de aquella arcadia feliz, uno de los cuales, sucio y desgarrado, con un ojo partido y un olor á ganado y á peleón que se notaba desde Borja, era guarda de sus propios rebaños, tenía varias fincas y casas, sabía latín, y no obstante dormía al raso las más veces, junto á un perro an estropeado como él, y se alimentaba con algunos huesos que llevaba en el zurrón, y como extraordinario con un arroz muy cargado de pimiento que le disponía la santera cuando, por venirse la noche encima, iba á encerrar el ganado en el redil de la ermita.

Ya de noche, todos nos congregábamos en la capilla, y dirigidos por algunos Curas, que se hallaban allí accidentalmente, se cantaba el Santo Rosario á la Virgen de la Misericordia, con mucha fe y devoción, pero desentonando de una manera—porque querían cantar hasta los que no sabían hacerlo ni en la mano—que aquel Rosario parecía el de la Aurora, y los *Gozos* daban ganas de llorar.

Pero he hablado de la santera, y exprofeso he dejado su retrato para lo último, porque es el alma de aquella ermita, y digna en todos conceptos de un párrafo especial.

Alta y fornida, aunque averiada por los años, ha debido ser una real moza; conserva todavía los rasgos de su primavera rural, embeleso de gañanes, y tiene el aire casi sacerdotal, que imitan los sacristanes, los mandaderos de los conventos, y especialmente las torneras.

Si la Sra. Pantaleona (se llama Pantaleona) modelara su busto bajo los pliegues de una sotana, con el garbo que da al rostro expresión y á la cabeza majestad, seguro estoy de que más de cuatro habrían de confundirla con un exclaustrado de Veruela ó una madre de San Vicente. Para lo primero tiene formas macizas, para lo segundo un fermentado pañuelo, que, á falta de tocas, rodea constantemente en invierno y en verano su cabeza. Quiere decir esto que la pobre se quedó hace años sin pelo y usa pañuelo en vez de peluca.

La Sra. Pantaleona es como las hormigas: en la buena estación se deja ver entre los nogales que respetó el hacha municipal, y cosecha de todo y guarda para el invierno todo lo que cosecha. La hormiga, el *pelotero* (escarabajo) y la Pantaleona constituyen una verdadera trilogía obrera, representante del trabajo honrado, allí donde los humanos sólo habitan tres meses, porque los restantes temerían morir de frío.

El invierno en el Moncayo es una imagen fiel del invierno en la Siberia; nieve y hielo en las alturas, torrentes en el llano; el aquilón furioso; el trueno reumando; lobos y lobas en cuadrilla buscándose la vida de cerro en cerro; el Santuario cerrado y tapiado, la santera hilando ó durmiendo dentro, y á la puerta, rendido de fatiga, llamando inútilmente, algún malhechor errante.

La *Druidesa* del Mocín es una buena y santa mujer; providencia del pastor y del ganado, da de comer al hambriento, de beber al sediento, y alberga al peregrino según su rango. Es cocinera y repostera; no tiene tienda por no pagar contribución, pero pidan ustedes lo que quieran, con dinero en mano, y verán que la santera no carece de nada. Tiene despensa colmada, bodega provista y corral habitado. En el convento mejor servido no hubo más.

Administradora del sitio, ermitaña de la ermita, mayordomo, cuadrillero, guarda almacén, médico, boticario, hortelano y jardinero, es D.^a Pantaleona la castellana feudal del Santuario de Misericordia: la que preside los bailes del portal á la luz de un candil de tres mecheros, la que fomenta el consumo del agua de las *Canales*, la que alimenta las lámparas con aceite propio y el altar con velas ajenas; la que limpia la iglesia y la sacristía y los notables cuadros bizantinos que allí se conservan, aunque algo estropeados en tiempo de la federal; la que toca el esquilón y sirve á la Virgen de camarera, y en fin, la que canta en el Rosario los *Gozos*, y no dice misa rezada porque el Sr. Obispo de Zaragoza no se lo permite, aunque de fijo sabría decirlo mejor que algún cura de misa y olla.

Esta es la santera y este es el Santuario.

Después de quince días no completos de vida monástica, en los que recibí la visita del amigo de la diligencia, que permaneció á mi lado cuatro días porque le

gustó aquello extraordinariamente, abandoné la ermita y volví á viajar acompañado de los hilos telegráficos, que ya echaba de menos.

El día que dejé á Borja para tomar la diligencia, vinieron conmigo un literato distinguido, aragonés, y el guía *Colaso*.

Al llegar á la *Cabeza del Diablo* pasó á nuestro lado una mujer.

—Esa es la *traidora* me dijo *Colaso*.

—¿Y cuál fué su traición?

—Ninguna; digo que es la que *trae* y lleva los recados al Santuario. Vaya, echen ustedes las tres piedras á la *Cabeza*.

—Pero, ¿qué hay de cierto en esto?—pregunté á mi amigo el ilustre literato D. Jerónimo Barao.

—Es muy sencillo—me contestó.—El camino del Santuario estaba, cuando se construyó la ermita, como ahora, todo lleno de piedras. El Ayuntamiento de Borja no tenía dinero para pagar jornales, á fin de desembarazar esta senda, y á un Alcalde muy listo que hubo en el pueblo le ocurrió decir que ahí estaba enterrada la cabeza; con lo cual excuso decirte que, en una semana, la devoción ó la preocupación hizo más de lo que se hubiera hecho en dos años. El camino quedó limpio.

—Es ingeniosa la ocurrencia, pero me parece que si Borja quiere que la afluencia de gente sea mayor, tendrá que cortarle al diablo alguna pierna, para que esta senda quede más expedita.

—No sé si lo harán. De todos modos, el Santuario es saludable, el paisaje precioso, y yo me alegraría de que alguno de mis lectores quisiera ir alguna vez á echar las tres piedras de ordenanza á la *Cabeza del Diablo*.

RICARDO SEPÚLVEDA.

María Ceballos.

En memoria de la joven actriz que fué de la Comedia se ha celebrado una misa en la iglesia parroquial de San Antonio Abad, de Barcelona.

Según vemos en los periódicos de dicha capital y de esta corte que dan cuenta del acto, tan piadoso como fraternal, asistieron actrices y actores de los principales teatros, y todos los alumnos de las clases de declamación del Conservatorio del Liceo. Terminada la misa, el señor Barón de Santa Clara, en nombre de la familia de la inolvidable actriz, recibió de los artistas sinceras manifestaciones del sentimiento general ante el recuerdo de la malograda compañera que por sus virtudes, talento y hermosura ha dejado irreparable vacío en nuestra escena. Es la segunda vez que por los citados alumnos y por iniciativa de su digno director se rinde espontáneo y cariñoso tributo á la que en su breve y honrosa carrera se captó las simpatías, la admiración y el respeto de cuantos la trataron. Pero María Ceballos no hubiera alcanzando nunca en el proscenio el puesto que la correspondía por su genio, porque sobre éste se alzaban, imposibilitando el acceso, su modestia y su virtud, y Dios la ha reservado mejor gloria, la gloria de los ángeles, en el mundo de la verdad, de la ventura y del amor. Esta idea es el mejor lenitivo á su dolor que podemos desear para la familia de María, al asociarnos, como lo hacemos, á las demostraciones reiteradas de sus amigos, de sus compañeros y de la prensa de Madrid y Barcelona.

BIBLIOGRAFÍA

Entre dos amores.—La acreditada casa editorial de Puerto Rico, que lleva el nombre del antiguo y acreditado periódico de aquella isla, el *Boletín Mercantil*, ha publicado la interesante novela inédita *Entre dos amores*, de nuestro colaborador Teodoro Guerrero, el popular autor de los *Cuentos de salón*. El diario de la Habana *El Mundo*, ha insertado un artículo de la ilustrada redactora de dicho periódico, hija de Cuba, Avelina Correa, dirigido al autor del citado

libro, en que da su opinión sobre la lucha entre los *dos amores*, encontrando puntos de contacto en su vida con la de la protagonista *Inés Manresa*. Esta escritora, tan infortunada como digna de mejor suerte, sufrió el terrible golpe, al llegar á Filipinas, de que los tagalos degollaran en su presencia á su joven esposo D. Alfonso Cao, teniendo á ella prisionera más de un año, en cuyo tiempo dió á luz una preciosa niña, fruto de su desgraciado matrimonio. Al regresar á Cuba, sin amparo, ha contraído allí segundas nupcias, y está imprimiendo un libro interesantísimo sobre su cautiverio, cuya lectura impresionará seguramente al público.

Ahí va el artículo de la Sra. Correa:

AL DISTINGUIDO ESCRITOR TEODORO GUERRERO

He leído con verdadero interés su preciosa novela titulada *Entre dos amores*, y bien quisiera estar en aptitud de poder juzgar su obra; pero ya que esto es imposible, porque mi pluma no es bastante autorizada para aceptar semejante honor, le daré sencillamente mi opinión como madre y como esposa.

Leyendo su libro me parecía que leía mi propia historia, escrita magistralmente por usted, gran maestro en el arte de novelar; me transporté con el pensamiento á Madrid y penetré en los jardinillos del Retiro, donde comenzó el idilio de mi vida, como el de la heroína de su cuento; también como ella me casé en la iglesia de San Ildefonso, me embarqué igualmente tan pronto como se efectuó mi boda por idénticas circunstancias, aunque con distinto rumbo; pues mi esposo iba á tomar posesión de su destino á Filipinas, y el de la heroína de su historia con el mismo objeto se dirigía á Cuba.

Al finalizar nuestro viaje perdimos repentinamente á nuestros compañeros, el mío asesinado en Filipinas, y el suyo muerto en un naufragio. Menos feliz que la protagonista de su obra, perdí á mi Alfonso para no recuperarlo jamás, porque estaba muerto y bien muerto, desgraciadamente, y lo *vi enterrar en mi presencia*; empero dejó en mi seno al fruto de nuestro amor.

Hallándome sola otra vez y sin poder contar con el apoyo de la familia de mi difunto esposo, con una niña de meses, sin encontrar trabajo ni protección, volví á casarme, porque las mujeres siempre creemos que en el matrimonio estriba la solución del problema. Inés Manresa, creyéndose viuda, hizo otro tanto y tuvo una hija de su segundo esposo; obstáculo para unirse á su primer marido cuando éste demostró su resurrección, siendo yo por ese lado más afortunada, pues mi segundo compañero quiere tanto á la hija de mi malogrado Alfonso como si fuera suya.

En esa lucha entre *los dos amores* no quisiera encontrarme, porque no sé lo que haría en igualdad de circunstancias; sin embargo, si mi primer esposo no hubiese muerto y él, obedeciendo al egoísmo del corazón humano, no quisiese á mi propia hija, estorbando la niña para mi felicidad, en un caso extremo, amigo Teodoro, aunque se despedazase mi corazón, preferiría.... sucumbir en la lucha.... no.... porque le hago falta á ese pedazo de mi vida;... me decidiría por la hija de mi alma, ¡porque el amor de madre es superior á todos los amores!

AVELINA CORREA DE MALVEHY

*
**

El inteligente funcionario público D. Gabriel Fernández y Ruiz de Vargas, oficial de quinta clase de la Dirección general de Contribuciones, ha publicado un *Formulario de expediente de baja de riqueza en los viñedos filoxerados*, que en las actuales circunstancias, en que están invadidos por la peligrosa plaga muchos de los viñedos españoles, resulta de positiva utilidad.

Aconsejamos á los Ayuntamientos y contribuyentes vitícolas las adquisiciones de dicho *Formulario*, asegurándoles que habrán de encontrar en él grandes ventajas prácticas.

Dicha obra véndese, al precio de una peseta, en casa de su autor, calle de Churruca, núm 15, y en la portería

de la citada Dirección de Contribuciones, en el Ministerio de Hacienda.

Auguramos al Sr. Fernández y Ruiz de Vargas todo el éxito que su utilísimo trabajo se merece.

*
**

Autobiografía y vida de Carlos Darwin es el título de la nueva obra con que se enriquece la selecta *Colección de autobiografías célebres* del editor Rodríguez Serra.

En la autobiografía cuenta el sabio inglés los episodios más culminantes de su vida, su viaje científico á bordo del *Beagle*, el campo de sus observaciones y el génesis de todas sus obras.

Avaloran la autobiografía la impresiones de Darwin sobre sus coetáneos y amigos Carlyle, Macaulay, Grote, etc.

*
**

Petronio, el personaje que tan atractivo y simpático se nos representa en la novela *¿Quo vadis?*, como sabe la mayor parte del público culto, es un personaje real de aquella época, escritor agudo y satírico. Su principal obra, verdadera joya latina, es el *Satiricón*, que acaba de traducirse del latín por el Sr. Menéndez Novella y publicado por la casa Rodríguez Serra. A su alto mérito literario reúne dicha narración novelesca el ser una pintura exacta de las libres costumbres del imperio romano en decadencia. Véndese en todas las librerías al precio de 2 pesetas.

*
**

El Anillo del Nibelungo.—La curiosidad del público aparece fuertemente excitada de algún tiempo á esta parte por los dramas de Wagner. Los nombres de *La Walkyria*, *Sigfrido*, *Wotan*, con su acompañamiento de dioses, héroes, ondinas y nibelungos, se escuchan pronunciados con frecuencia cada vez mayor. La gran *Tetralogía* de Wagner va siendo conocida y apreciada con creciente interés.

Para los inteligentes y los *amateurs*, para el público en general, no existía, sin embargo, una guía que pudiese conducir al espectador á través de los cuatro dramas wagnerianos, pues los conciertos y los teatros de ópera sólo daban á conocer en parte la obra del autor de *Lohengrin*.

El libro presente tiene, en consecuencia, muchísimo interés, pues da á conocer por completo todo *El anillo del Nibelungo*.

Leyendo este libro, todo el que haya oído los fragmentos de la Tetralogía en conciertos, ó asista al teatro á la representación, irá sobre seguro y sabrá lo que significa aquello que está oyendo.

Para los músicos y aficionados tiene el libro, además, un especial interés, pues resulta, no sólo un completo estudio del argumento, del significado del mismo, de lo que representan los personajes, del poema, en una palabra, sino que también es un análisis completo y facilísimo de la música. De modo que además de su utilidad para apreciar las representaciones de las óperas de Wagner, es un guía necesario para formarse una idea clarísima del conjunto y disposición de la música.

Hoy que estos asuntos tienen el palpitante interés de la actualidad, el libro que recomendamos aparece con oportuna previsión para contribuir á hacer comprensibles los dramas musicales de Wagner, uno de los elementos más admirables del arte moderno.

*
**

Obras de Gorki.—**Edición Maucci.**—La popular casa editorial Maucci, de Barcelona, nos acaba de remitir cuatro nuevas obras de Gorki: *En la Estepa*, *Catn* y *Artemio*, *Tomás Gordeieff* y *Los Degenerados*.

Con *Los Vagabundos*, ya publicados por esta casa, y *Los Tres*, que también prepara, según nos indica, han sido editadas en idioma español, casi al mismo tiempo que en francés, inglés é italiano, las mejores obras de tan notable escritor.

Después de Tolstoy, Gorki es el autor ruso que ha obtenido mayor éxito en España y América Latina.

Máximo Gorki, ó sea el mayor desdichado, no es el verdadero nombre de este genial autor; el efectivo es Alejo Peschkov.

Es extraordinaria la odisea de este hombre: huérfano desde niño, empezó á padecer las grandes injusticias de la sociedad, siendo zapatero, grabador, pintor, cocinero, panadero, agricultor, cordelero, guardavía, buhonero, mozo de cuerda, escribiente, cargador de muelle, sereno, vagabundo, y por último escritor.

Ha padecido hambre y sed, ha sufrido persecuciones por la justicia, ha estado preso, ha querido matarse, el Czar de Rusia acaba de desterrarle al Cáucaso: ¿se necesita más para que nuestra raza siempre impresionable admire á este hombre de 33 años, alto, de complexión fuerte, facciones acentuadas é irregulares, frente espaciosa, ojos vivos que miran con serena frialdad y que revelan al hombre de espíritu superior que posee una voluntad inquebrantable?

Gorki, como dice Augusto Riera, conoce la existencia, porque ha sido pobre y ha sido fuerte; sabe que la virtud y la moral humanas son de tal modo convencionales, que no hay que respetarlas en absoluto.

Este maravilloso pintor de la naturaleza ha recorrido casi toda la Rusia en el caballito de San Francisco, que diría Cavia, y ha sentido la honda tristeza de extender la mano y encoger de nuevo el brazo sin sentir en aquella el peso de la bondad de los hombres.

Respecto á sus obras, lo mejor es recomendar la lectura de todas, pues son todas excelentes; la rápida percepción de las cosas, y el modo sobrio de describirlas, colocan á este autor á la altura de Eca de Queiroz y Guy de Maupassant. Su género favorito son los cuentos y novelas cortas, de las cuales hay gran número en los citados tomos, y en todas ellas abundan las descripciones mágicas, que resultan aún más grandiosas por estar impregnadas de una amargura infinita.

Varias veces hemos elogiado los esfuerzos de la Casa Maucci, por su infatigable deseo de propagar la buena literatura universal á precios inverosímiles; pero nunca mejor que ahora merece nuestra felicitación, pues las obras de Gorki están presentadas con irreprochable buen gusto artístico. De las traducciones merecen especial mención las del distinguido literato Camilo Millán.

*
**

“ALEGATO

por las Virtudes Reales

CONTRA

La falsa Razón de Estado

QUE EN ESTE

ROMANCE DE CIEGO

ofrece á los que tuvieran buena vista

UN BACHILLER EN FILOSOFÍA

Se imprime
con las licencias necesarias
En MADRID
Año de MCMII”

Este romance, recientemente publicado, es un trabajo literario de un gusto exquisito, sobre el que llamamos la atención de todos los amantes de las letras patrias.

Como el autor del romance debe ser un ciego de muy buena vista, nos ha de perdonar si en el número próximo reproducimos algo de su hermosa composición.